



IZTAPALAPA

Agua sobre lajas

.....
 MARÍA JOSÉ RODILLA LEÓN, *AQUESTAS SON DE MÉXICO LAS SEÑAS*. *LA CAPITAL DE LA NUEVA ESPAÑA SEGÚN LOS CRONISTAS, POETAS Y VIAJEROS (SIGLOS DEL XVI AL XVIII)*, Editorial Iberoamericana/UAM-Iztapalapa, 2014, ISBN: 978-607-28-0148-6

Por MIGUEL MARINAS

Facultad de Filosofía

Universidad Complutense de Madrid

marinas@psi.ucm.es

Este endecasílabo perfecto tomado de Bernardo de Balbuena en su *Grandeza mexicana* que le escribió a doña Isabel de Tovar, marca, desde el título mismo, el tono cuidadoso del libro que reseñamos. Por una parte es una mirada interna (una perspectiva *emic*, que dicen los antropólogos), lo que nos indica que nos vamos a mover en el terreno propio del hacerse de la ciudad de México. Pero también que no es solo una manera de mirar, una perspectiva, sino que es todo un idioma: es la lengua en la que México fue fundada, nombrada, descubierta, denostada a veces, transmitida a los mundos y a los tiempos. La bella lengua que Lezama designó como la expresión americana. Tan española, tan abierta. Idioma viene de *idion* que quiere decir ‘lo más propio’.

Balbuena —manchego y doblemente nacido: español porque quiere, mexicano porque lo es— dice la autora que “merece también un apartado por las tres curiosas perspectivas desde las que le cantó a la ciudad: acuática en su obra pastoril, aérea en su obra épica y terrestre en la *Grandeza*: una ciudad barroca y suntuaria de espléndidos edificios, anchas calles, libreas, caballos y carrozas, bailes, diversiones y certámenes poéticos, que podía competir con la opulencia de la metrópoli y yo confieso con él que la ciudad de México es “la flor de las ciudades”. Se me ocurre que ese doble linaje de territorio y de apellido reúne a Balbuena, a la señora de Tovar y no puedo menos que apuntar a la figura misma de la autora. Ya a estas

alturas extremeña o mexicana, o mejor *extremana* o *mexiqueña*: extremada mexicana o mejedora de extremos. Valiente posición para levantar este monumento grande a la ciudad que es flor de las ciudades. Como quien dice Xochimilco. La condición bilingüe está en la base de este recorrido. Un magistral apunte, un homenaje a la ciudad que la acoge desde hace muchos años y un reconocimiento latente del mimo con el que la doctora Rodilla León viene ejerciendo su tarea de investigadora y enseñante. “La mejor medievalista de México” desmesurado título, dice ella, que le dio cierto doctor amigo, pero que creo que la hace justicia porque en su texto está la mirada femenina —esto no se dice en las críticas literarias, pero aquí sí— así que en lo de la ciudad media Eva, que es en alto grado lista. En cuanto a la ciudad media Eva lista.

Mientras tanto nosotros aquí, en el foro, curtiendo el barroco, como muestra el doble verso de Góngora que aprendí hace muchos años y que ahora traigo como a su lugar natural. La ciudad de Madrid, la grandeza de España, era un lugar de pompa y también de pícaro canallería:

Bermejazo platero de las cumbres / a cuya luz se expulga la canalla

La implicación personal con una ciudad es siempre más fuerte de lo que un estudioso reconoce. Es la fascinación y el no saber bien por qué uno vuelve y vuelve y hace tema de lo que es peregrinación (por los campos va el *peregrinus*, que no es *cives* romano). Cumpliendo en este caso con rotundidad que, como decía Simmel, el extranjero es el que ve más claro, por menos implicado, porque da menos cosas por supuestas, porque aplica la extrañeza como método.

La autora describe así su fechoría:

Muchos excelentes cronistas antiguos y contemporáneos me han precedido en esta tarea de describir el blasón, la alcornia y los múltiples rostros de la ciudad sobre las aguas. Desde los legendarios ecos míticos, el esplendor y magnificencia con que la glorificaron los reyes aztecas, las imágenes de los conquistadores, de los frailes y de los viajeros que la conocieron, numerosas han sido las referencias a la Ciudad de México, además de monografías dedicadas a ciertos aspectos de la misma que hicieron sus modernos cronistas, desde García Cubas, Fernando Benítez y León Portilla hasta Guillermo Tovar de Teresa y Antonio Rubial. A todos ellos se acude en este libro para ensamblar un vasto mosaico de cultura urbana de la mayor y más hermosa ciudad del Nuevo Mundo, porque son indispensables para escribir las señas de la Ciudad de México, de modo que se han usado sus voces para poder oír los ruidos del mercado de la ciudad prehispánica, los ecos de la conquista, los cascos de los caballos, los sonidos de tambores y cornetas, el martilleo

sobre las piedras de las nuevas construcciones de la ciudad virreinal, el chapoteo de las canoas sobre el agua, las trompetas lúgubres de las exequias, el rumor bullicioso de las calles en las procesiones y las campanas de regocijo en los días de fiesta.

El repertorio de autores clásicos y de los llamados cronistas de Indias es fascinante: Diego Durán, Toribio de Benavente (Motolinía, de puro miserable que estaba, así lo bautizaron los naturales del lugar), Bernardino de Sahagún, Juan de Torquemada, Bartolomé de las Casas. Todos ellos presentan, recopilan, porque su misión les obliga, la vida detallada de quienes habían de ser sujetos de captura y conversión. Dice la autora que todos ellos “legaron un importante arsenal sobre su arquitectura, leyes, ritos, solemnidades y otras cuestiones de la urbe azteca antes de su destrucción”. Eso es lo que aparece en el primer capítulo sobre la ciudad indígena. Esta ciudad prehispánica hubo de ser hechizadora, porque siendo la “Ciudad de agua de jade” irradiaba “rayos de luz, cual pluma de quetzal”, rodeada de agua, de grandes calzadas, puentes levadizos, baluartes de piedra en sus entradas y pueblos alrededor con varios templos, cuyas torres encaladas al sol parecían plateadas a los ávidos ojos de los conquistadores.

Pero nos brinda, en esta primera parte y en todo el libro, la atención a una cesura fundamental que es la que arma toda ciudad y toda polis: la que divide entre sagrado y profano. Como sabemos por Durkheim y por su sobrino el docto Marcel Mauss, las formas elementales de la vida religiosa nos muestran que en toda fundación hay un espacio (real e imaginario) que es profano, que es accesible en la vida cotidiana y un espacio separado: ese es el sentido de lo sagrado (que es inaccesible, que es, si me permiten, el lado oscuro de la fuerza que funda vida en común y valor de las mercancías). Pasar de un espacio a otro es obra de los mediadores: los que inventan lo santo para controlar el acceso.

Es tan fascinante que no nos extraña que Italo Calvino la rodease con estas señas a la ciudad que imagina dentro de las ciudades más bellas, las ciudades invisibles:

Sire, estabas distraído. Justamente, de esa ciudad te hablaba cuando me interrumpiste
¿La conoces? ¿Dónde está? ¿Cuál es su nombre?

No tiene nombre ni lugar. Te repito la razón por la cual la describía: del número de ciudades imaginables hay que excluir aquellas en las cuales se suman elementos sin un hilo que las conecte, sin una norma interna, una perspectiva, una explicación. Ocurre con las ciudades lo que en los sueños: todo lo imaginable puede ser soñado, pero hasta el sueño más inesperado es un acertijo que esconde un deseo, o bien su inverso, un temor. Las Ciudades como los sueños, están construidas de deseos y de temores, aunque

el hilo de su discurrir sea secreto, sus normas absurdas, sus perspectivas engañosas, y cada cosa esconda otra.

No tengo ni deseos ni temores —declaró el Kan— y mis sueños los compone o la mente o el azar.

También las ciudades creen que son obra de la mente o del azar, pero ni la una ni el otro bastan para mantener en pie sus muros. De una ciudad no disfrutas las siete o las setenta maravillas, sino la respuesta que da a una pregunta tuya.

O la pregunta que se hace obligándote a responder, como Tebas por boca de la esfinge.

Aquí aparece también Marco Polo, cómo no. Porque era tanto el esplendor que esa ciudad sagrada de piedra tezontle fue confundida con la que pintó Marco Polo: Quinsay, la “ciudad del Cielo”: No se sabe si cielo pagano o paraíso: el florido pensil de Moztezuma, primorosamente descrito y analizado por la autora, ese compendio maravilloso que es destruido en el sitio de Tenochtitlan donde palacios y delicias de los sentidos caen bajo la espada dizque santa de los conquistadores.

Ese desmontaje sangriento tiene una justificación, como sabemos: la etiqueta de demoníacos que los cultos nativos merecen.

El primer indicio es la traducción: el nombre de los ídolos o demonios, que los frailes franciscanos, al parecer menos arrogantes y violentos que sus soldados —desarmados— con los nativos, les ordenaban sistemáticamente destruir. El dilema, que encuadra mi aproximación, es la pregunta que se hacían los mismos naturales: aunque les pareciera “celestial” la doctrina católica, temían interiormente despojarse de sus antepasados. Luego había que conservarlos.

La violencia simbólica de los frailes comenzaba por llamar ídolos o demonios a tales iconos. Como prueba la carta de Fray Toribio de Motolinía,¹ nada menos que a Carlos V, quien apoyaba por razones familiares y amistosas a los franciscanos .

Despues de pasados muchos años vinieron los Indios llamados Mexicanos, i este nombre lo tomaron o les pusieron por un ídolo ó principal dios que consigo truxeron, que se llamaya Mexitit, i por otro nombre se llama Texcatlicupa; i este fué el ídolo ó demonio que mas generalmente se adoró por toda esta tierra, delante el qual fueron sacrificados mui muchos hombres: estos Mexicanos se enseñorearon en esta nueva España por guerras

¹ Desde Tlaxcala, enero 1555. Simancas. Indias. J o. Cartas de N^a España, de Frayles: de 550-570. -Visto: MUÑOZ. Real Academia de la Historia. Col. de Muñoz. Indias. 1554-55. T. 87. f^o 213-232.

Pero antes trabaja la Inquisición para atajar a un Martín Ocelotl, el 26 de noviembre de 1536, “que ha hecho muchas hechicerías y adivinanzas y se ha hecho tigre, león y perro /.../ ha hecho y dicho muchas cosas contra nuestra santa fe católica en gran daño e impedimento de la conversión de los naturales”. Estos ídolos que se tienen en cuevas son los primeros que caen²

Son estos los franciscanos, que, casi un siglo más tarde se ocupan de promover las explotaciones agrícolas, enseñar oficios, sastrería, herrerías, etc. Han comenzado por descabezar el sistema de creencias. (Fray Alonso de Benavides, *Memorial*, 1630).

Mucha tela que cortar, como el libro nos indica con detalle. Porque de ese como desmonte salió la edificación de una ciudad que —si tomamos el nombre que Orozco hijo dio a Granada barroca Christianópolis (José Luis Orozco Pardo, *Christianopolis: Urbanismo y Contrarreforma en la Granada del Seiscientos*, Granada, Diputación, 1985)— dio dolorosamente a luz a la Ciudad de los Palacios. Y me gusta el análisis de las formas de poder que María José va mostrando so capa de documento literario. Ciudad criolla y ciudad puerto. Porque viene directamente desde la Veracruz (a la que Romero el Gallina dedicaba la soleá que decía: *Ni Veracru es Vera Cru / ni Santo Domingo es santo / ni Puerto Rico es tan rico / pa que lo veneren tanto*. Pero sí, Veracruz era Veracruz como el puerto de la costa pacífica esperaba (otro de los delirios de nombre, esplendor de hecho) como es el Galeón de las Indias. Hay que evocar el delirio para acercarnos a ello, porque unía dos veces al año Acapulco con Manila.

La ciudad luz, antes de tiempo, que regula su alumbrado por la ciudad de Madrid, ya en el XVIII. La Universidad de 1550 indicio del fuste de la ciudad novohispana. El Virreinato que nuestras amigas letradas, las que llamo virreinas, conocen tan bien. Olavide da la muestra para el reparto urbano de los barrios, que son el escenario natural de un nuevo modo de hacer política en el que, como dice Claude Lefort, la *mise-en-scène*, la escenificación es fundadora de la polis, no un mero adorno. De ahí sor Juana, de ahí los demás componiendo arcos triunfales para las pompas de los nuevos amos. Esas arquitecturas efímeras o no que pretenden acercar el sentido (*mise en sens*) a la mano de la plebe criolla e indiana.

Dice la autora: *Fascinación y seducción por el espectáculo colorido, plateado y áureo, pero también mecanismo de control son los calificativos que mejor definen a la ciudad festiva que se viste de galas deslumbrantes en juegos ecuestres, mascaradas, desfiles, convites, juras*

² *Testimonios, cartas y manifiestos indígenas*, editados por Martin Lienhart, Biblioteca Ayacucho, 1992.pg. 13.

y casamientos de reyes o que se tiñe de luto en funerales y túmulos fabricados para reyes, príncipes, virreyes y prelados muertos. Un gran apartado se dedica a las representaciones teatrales en el Coliseo y a juegos de azar y diversiones públicas, como los naipes, dados, juegos de gallos, maromas y títeres, paseos a caballo, en carrozas y en barcas. Los gastos suntuarios de lacayos y libreas, de sedas y terciopelos, las pragmáticas que condenaron tales lujos dan un panorama de “la vanidad de que adolece Méjico” en aquellos años.

Las construcciones majestuosas, la sacralización de los espacios urbanos, empujando por la catedral, y los tantísimos lugares de culto y prebenda. Las imágenes, las reliquias, las procesiones del Corpus y de la Semana Santa. Esto por lo que toca a un eros virreinal. Guadalupe es el nombre. Pero eros nunca va sin tánatos. Y de este lado está todo lo que la autora llama el teatro de la crueldad, en ese feliz nombre que a mí me lleva a Artaud, el que se perdió tras los tarahumara: es decir la representación del poder de la muerte — cito a la autora - *autos de fe inquisitoriales, el ritual de cárceles, castigos, mutilaciones, desfiles con atuendos infamantes, indecibles torturas, azotes, galeras, destierros y la muerte en la hoguera.*

La ciudad, hecha ya una *Civitas Christiana*, se convierte en metáfora mayor y suscita una riquísima literatura. La ciudad de las aguas, que no en vano engendrará el ajolote (axolotl) como emblema del ser mexicano, al decir de Roger Bartra. Y la literatura crítica que tachará a la ciudad con las mismísimas palabras con las que Kafka alude a la Praga que le contuvo y no le dio la felicidad: “madrastra cruel”. Como una madre con garras. Entre esos dos impulsos, dice María José, *se trata de recomponer un mosaico ideal de lo que fue México-Tenochtitlan, la capital de la Nueva España, gracias a la recepción que del espacio urbano hicieron en sus obras estos hombres que conocieron, vivieron la ciudad, pasearon sus calles, habitaron un tiempo en ella o al menos estuvieron de paso en sus viajes. /.../ Con dos apéndices, uno con los virreyes y las fiestas organizadas para su recepción, el otro es una suerte de antología de pasajes seleccionados entre el corpus que abarcan los distintos aspectos de la Ciudad: su situación geográfica, las inundaciones, la ciudad ilustrada, algunos encomios latinos, la ciudad nocturna iluminada, la ciudad sacralizada con sus procesiones, las fiestas cívicas y religiosas.*

Volvemos a la implicación con la ciudad. Carlos Cano, el excelente cantante y poeta, nos decía en una copla a Cádiz y la Habana: *cuando una canción de amores / canción tan rica / se la dedican los trovadores / a una muchacha o una ciudad / y yo Cádiz te dedico y te lo explico/ por qué te canto este tango/ que sabe a mango...* Carlos Cano nos muestra que las ciudades tienen su contorno, su ejido, y tienen su cuerpo como de persona. Por eso, por debajo de la hazaña de María José hay una pasión atemperada por el cuidadoso dato, por la precisa relación. Por la alegoría sobria. Estoy por decir que Rodilla es una poeta dilatada, aplazada en prosa de investiga-

ción, en narración tan viva y cálida que se hace apetecible entrar y seguir el paseo por la desmesura mexicana.

Es lo que Walter Benjamin nos enseñó al contar, al inventar París. El libro de los *Pasajes* no está tan lejos de este libro redondo, por la minuciosidad y por la pasión que lo tensa.

Lo que pone en juego María José es una voluntad de narrar y dar la teoría de la ciudad como un mosaico en el que siempre caben más piezas. La ciudad abierta como paisaje y cerrada (ay, el secreto mexicano) como habitación. Sabe el que gusta de perderse en las ciudades que no es posible ni recorrerlas ni recobrarlas por entero. En ellas transcurre lo mejor, lo más grave y lo más liviano, de la vida. “*Hay tantas calles con caminos de regreso*”, dice una dedicatoria de Sholem escrita para una pareja amiga precisamente en el *Einbahnstrasse* de Benjamin, “*que no se ven. / Y si en esa dirección se entra en lo vedado / no es cierto que a uno no le pase nada. / Aquí en caso de colisiones no se -negocia;/ el rayo derriba. / Y si de pronto te encuentras por completo transformado / no es una apariencia. / En épocas antiguas, todos los caminos llevaban a Dios y a su Nombre de uno u otro modo. / Nosotros no somos piadosos./ Permanecemos en lo profano /y donde antes figuraba Dios / ahora está la melancolía*”.

Y de propina el soneto de Góngora que tendió puentes americanos, desde el gran río de Córdoba.

Bermejazo platero de las cumbres,
a cuya luz se espulga la canalla
la ninfa Dafne, que se afufa y calla,
si la quieres gozar, paga y no alumbres.

Si quieres ahorrar de pesadumbres,
ojo del cielo, trata de compralla:
en confites gastó Marte la malla,
y la espada en pasteles y en azumbres.

Volvióse en bolsa Júpiter severo;
levantóse las faldas la doncella
por recogerle en lluvia de dinero.

Astucia fue de alguna dueña estrella,
que de estrella sin dueña no lo infiero:
Febo, pues eres Sol, sírvete de ella.